

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

JARDINES DE VIDRIO DEFONDABLE

Once de la mañana. 4 de Agosto de 1999.

Casa de Rubén. Cuarto.

Abrió el ojo izquierdo, y acto seguido se dejó vencer por la rutina que la mañana le imponía, y el ojo derecho también despertó. Ambos tenían que hacerlo, sino la vida se hubiese convertido más difícil de lo que iba a serle.

De las paredes del cuarto de su casa, surgieron las cuatro duchas y comenzaron a bañarlo sin cesar.

En un giro de su cuerpo, se encontró caminando por una calle sin sentido alguno, bajo el fuerte rayo de sol que penetraba sus espaldas, bajo la luna sabia y pálida que cantaba serenatas de amor.

Sin bien no quiso, debía hacerlo. Debía llegar hasta la comisaría y presentarse como un posible ladrón de locales.

Los verdes y rojos y azules ya habían ingresado al bolsillo de Rubén en el día anterior. El señor comisario Hipopótamo le había dicho lo siguiente:

- Los medios quieren justicia y nosotros la estamos buscando. Tenemos que detener personas para que ellos vean que estamos en movimiento y que no venga el gobierno a demoler todas las comisarías de nuestro amado y benévolo Tammerlane. La cosa que se nos están acabando los ladrones. Y los noticieros quieren más y más... Así que gustoso estoy que recibas este fajo de billetes que de inmediato devorarás en la privacidad de tu hogar. Por ello, para que te hagas pasar por un ladrón. Luego diremos que no eras y te liberaremos de inmediato. Esto es sencillamente movimiento, movimiento para que vean que nos movemos y no nos molesten con que no nos movemos. Está claro?... Ahora bien, la historia es sencilla: decidimos resolver un caso que no se resuelve en un guión de una película,... "Los Ladrones De Joyas Van Al Cielo". Al final de ésta, un ladrón muere y el otro escapa con el dinero... que de por cierto es el típico final de las películas de ladrones. La cuestión que vos vas a tener que hacerte pasar como el posible ladrón de joyas que escapa. Lo que haremos nosotros será sacar de foco al personaje de todas las copias del film. Cuando la gente no pueda distinguirlo, ahí los podremos engañar! Entonces... está claro? Está claro? Claro? Claro?...

Clara, la secretaria, recibió a Rubén en la puerta de la comisaría, y arrastrándose por el piso lo guió hasta el despacho. La hora estaba por comenzar, y las agujas del reloj se movían a cientos de kilómetros por hora.

Lo recibieron tres policías con puestos importantes. Estos tres señores eran los restantes involucrados en la trampa a los medios.

- Soy el policía Elefante.

- Soy el policía Cocodrilo.

- Soy el policía Ballena.

Estaba dada la bienvenida. Ahora Rubén debía dejarse maniatar. Y de inmediato, Ballena le ató las muñecas con la soga de cuero.

- Estás listo? – preguntó Cocodrilo, dándole una palmada en la espalda.

– Prepárate para el show!

Rubén parecía estar bien. Pero no lo estaba. No lo estaba. Tenía el pequeño presentimiento que algo saldría mal.

De repente, las puertas de entrada de la comisaría se abrieron de par en par. También se abrieron las ventanas, los suelos, y las paredes se hicieron transparentes por un instante, todo para dar paso a cientos de miles de periodistas que llevaban sus micrófonos en alto, escuchando millones de preguntas. Velozmente se abalanzaron sobre Rubén, tirándolo de espaldas al piso.

- Momento, momentito. Aléjense tres centímetros del detenido. - dijo Ballena a los medios, alzando sus obesos brazos de axilas mojadas.

Mientras tanto, en todas las casas de Tammerlane, la gente se había atornillado con ojos a la pantalla de tevé. Incluso algunas adolescentes habían descubierto su sexualidad en ese instante debido al placer que se proveían ellas mismas masturbándose ante el excitante hecho. Por otro lado, un señor mayor, que aún vive en la Avenida Tam, vomitó de la emoción sobre la alfombra del comedor, cuando vio al ladrón en vivo en su pantalla.

Rubén se sintió mareado, aturdido, flojo, débil. Había tantos ojos en la comisaría como detrás de los televisores, que le estaban quitando toda la energía. Viene a cuento una bruja que rezó desde su casa para curarlo del “ojeado”, pero murió al instante gracias a una sobrecarga energética mística.

- Usted robó la joyería? - le dijo un periodista a Rubén.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro periodista.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Usted robó la joyería? - le preguntó otro.

- Eso lo determinaremos luego. - dijo el comisario, apareciendo entre la multitud, flotando en el aire, para al fin aterrizar en el centro.

Los medios dejaron de lado a Rubén, y se lanzaron sobre los policías para luchar descarnadamente y conseguir un poco más de información.

Rubén no sabía qué pensar. Recordó haber creído que algo malo podía llegar a pasar. Y por eso mismo volvió a temer.

Mientras que los policías luchaban con los medios a mano limpia, dentelladas y patadas, el muchacho decidió apartarse a un lado y poner su trasero en el suelo, y la espalda sobre la pared de papel.

El papel de la pared fue molesto: sintió que podría atravesarlo en cualquier descuido, y caer en el hall de la comisaría.

Y pensó tratando de no hundirse. Pensó en lo que se había metido por unos billetes roñosos. Por qué no se había quedado en casa a descansar?

- Qué hacés acá? - le preguntó sorprendidamente la voz de su viejo amigo Flavio, compañero de la Secundaria San Juan de Tammerlane.

Rubén alzó la cabeza y se sorprendió al verlo vestido de policía.

- Qué te pasó? - le preguntó.

- Todos los de nuestro curso terminamos siendo policías. Vos fuiste el único que no. Por qué?

- No quiero serlo nunca. Quiero ser libre.

- Libre?... A qué te referís con libre?... Mirate: estás preso y tan sólo 33 años de edad. Qué fue lo que hiciste?

- Creen que soy el ladrón de "Los Ladrones de Joyas Van Al Cielo".

Flavio cerró los ojos. No le creyó. Creyó que la Ley tenía la razón. Pensó que su viejo amigo era el ladrón que había escapado.

Así que apretó un botón de su cinturón, y el lugar se llenó de los demás compañeros del colegio que también se habían hecho policías.

- Qué me van a hacer? - dijo Rubén atajándose de sus bastones en alto.

Los medios detuvieron la batalla contra Hipopótamo, Ballena, Elefante, Cocodrilo y el comisario, y apuntaron sus micrófonos y cámaras hacia donde Rubén estaba sentado.

Los bastones bajaron por única vez, para golpear de lleno el cuerpo del presunto ladrón.

- Bien hecho!! - gritó el anciano de la Avenida Tam a la vez que volvía a vomitar de la emoción parado delante de la televisión.

Los compañeros se retiraron por el foro derecho.

Los policías ayudaron a Rubén a ponerse de pie.

- Permiso, permiso, permiso. Yo soy un exclusivo. - dijo un hombre vestido de traje, empujando al que se le cruzara por el camino.

Se trataba (ni más ni menos) de Charles Johan Crane, el creador de los "Noticieros Shows", los cuales mostraban las escenas más crudas y salvajes de la realidad. Su programa "Sangre, Sangre" era una fusión entre un informativo y una serie de reconstrucciones de hechos policíacos. A todo esto, se sumaban imágenes de tiroteos reales, linchamientos, violaciones en vivo y en directo, cadáveres descuartizados, y entrevistas a muertos desde el Más Allá. Una vez al año, se compilaba el mejor material y se lanzaba a las salas cinematográficas una nueva entrega de "Sangre, Sangre: La Película".

Charles, seguido de una cámara de video que manejaba uno de sus tres hijos (de por cierto, con cierta tendencia sadomasoquista) alcanzó a Rubén entre los policías, y le cubrió los ojos con un pañuelo rojo. Enseguida, Crane le entregó al sospechoso, un arma cargada. Finalmente, se volvió a su público, y dijo sonriendo:

- Bienvenidos a "Sangre, Sangre". Sintonicen el canal 666 y que empiece la función!

En todas las casas, todos marcaron el 666 en sus controles remotos, enseguida se pusieron a devorar palomitas de maíz con gaseosa: el hechizo había comenzado.

- ... ahora veremos cómo este hombre disparó al dueño de una joyería, dejó que abatan a su colega, y escapó con el dinero botín, se define ante nosotros, Tammerlane, como culpable. Para eso, me devolverá simbólicamente esta arma, o hará con ella lo que le plazca.

- Yo no fui. Soy inocente!

El policía Elefante llamó a los otros y se reunieron en ronda para hablar por lo bajo aprovechando que los medios no les prestaban atención.

- Me parece que no vamos a poder soltarlo enseguida! - dijo.

- Yo creo lo mismo. Los medios le tomaron mucho... "afecto" al tipo éste como para de repente anunciar que es inocente. - dijo Ballena.

- Si no lo condenamos, nos van a linchar. – agregó Cocodrilo.

- Muchos quieren negociar las imágenes exclusivas de cuando se lo violen en la cárcel... - dijo el comisario, y concluyó -... Vamos a tener que darle por lo menos ocho años.

Con sus los ojos vendados, el resto de los sentidos de Rubén se agudizó más: uno de ellos era el oído. Así que por gracia, o desgracia, las palabras de aquellos hombres de ley.

Dio media vuelta, con el arma cargada y los ojos ciegos:

- No quiero ir preso. Yo no hice nada!!

Crane se le acercó y le susurró al oído:

- Te ofrezco esta bicicleta si le disparás a alguien.

Rubén luchó con la venda, se la quitó y miró la bicicleta todo terreno que el conductor le estaba ofreciendo.

"Ocho años."

Rubén miró a su alrededor, al arma, a los policías y periodistas.

- No puedo matar! - respondió.

- Entonces, me quedo con la bicicleta. – se burló Crane.

"Ocho años."

Miró a su alrededor. Miró hacia la pared de papel. Miró a Charles.

De repente, del interior de la oficina del comisario, y atravesando la puerta, aparecieron un sin fin de ratas. Todos miraron se voltearon.

Rubén vio su oportunidad y se subió a la bicicleta.

- Antes de llevarla, tenés que dispararle a alguien!! - lo atajó Crane.

Rubén alzó el arma y disparó en el estómago del periodista.

Todos giraron sus cabezas, y vieron morir al hombre. Luego, giraron sobre sí mismos y descubrieron que las ratas habían avanzado lo suficiente como para lanzarse contra todos y todo.

- Madre mía que estás en los cielos! - oró Cocodrilo.

Rubén pisó el pedal y se lanzó directo a la pared de papel, para atravesarla, seguir de largo, atravesar la del hall y terminar en la calle del sol.

Pedaleó con más fuerza. La velocidad de las ruedas se elevó al doble.

La gente de la calle, siguió los sucesos en búsqueda de noticias para luego contarse entre sí. Fue cuando algunos arrancaron sus ojos de las cuencas para dejarlos viajar tendidos por sus venas oculares. Los mismos, comenzaron a perseguir a Rubén.

La sensación en su nuca y el verse rodeado de ojos y venas, lo hicieron doblar en la primer esquina. Alcanzó entonces, la calle con más viento de todo Tammerlane.

Con cada nuevo pedaleo, el viento se coló por todos los orificios de la ropa del muchacho. El frío comenzó a carcomer su sangre caliente. Todo intento por acelerar siempre se hacía en vano: los ojos, el viento, el frío. El choque contra la velocidad que venía de frente lo frenaba.

Se dio vuelta y descubrió que los ojos de la gente lo estaban alcanzando. Rubén cerró los ojos: sus ojos temían a los otros de los del su especie. Pero no podría mantener el equilibrio por mucho más. “Sin mirar adelante.” Debía abrirlos o caer para ser atrapado por los policías y la prensa que surgirían de cualquier lado.

Cuando por fin los abrió, descubrió que la calle ventosa se había convertido en cementerio. “El cementerio”. Ahora estaba pedaleando sobre una calle de bóvedas, las casas de las familias muertas.

Giró y descubrió que los ojos habían desaparecido. Respiró en paz, aunque pensó en la muerte. “La muerte está cerca”, se dijo dudando de sus palabras, dudando de sus sensaciones. Fue cuando la esquivó...

- Mierda! – dijo de un alarido, pasando al ras de la mujer que bailaba en círculos sobre si misma. Ella alzaba sus manos, girándolas sobre sus muñecas, revoloteando un clavel rojo.

Rubén pestañeó. Quería entender un poco de todo aquello. Qué carajo estaba sucediendo? Debía haber una explicación lógica para que aquello que estaba viviendo tenga un sentido.

- Bueno... - se conformó – Después de todo, hace tiempo que mi Tammerlane está un poco raro.

Recordó el negociado con la policía. Todo podría haber comenzado ahí, justamente ahí cuando había puesto un pie en la comisaría. O bien, cuando por la mañana, la ducha salió de la pared... tras abrir un ojo y otro. La premisa de hacerse pasar por el protagonista de “Los Ladrones de Joyas Van Al Cielo” lo había metido en problemas: no sólo Tammerlane tenía un gusto surrealista, sino que todo Tammerlane iría tras él.

Pensó en detenerse y pedir ayuda. Pensó en llamar por teléfono a los medios o a quien sea (quizás a su antigua novia Camila), y decirle cual era la verdad. Pero no. No podía. Ya estaba sumergido en aquellas interminables calles de bóvedas y mucha más gente danzando con sus claveles rojos.

El viento en contra falleció aplastado por la niebla, y el sendero de la bicicleta elevó su rodar a ciegas. Repentinamente, la rueda de adelante se hundió sobre el frágil cristal verde que hacía las veces de suelo de jardín. Debajo del cristal, a unos cinco centímetros, la tierra gris.

Rubén miró con atención y vio que no era un jardín. Era la calle, la calle que se había convertido en un jardín de vidrio verde, verde defondable.

Pedaleó con fuerza, sin detenerse. La rueda de atrás también se hundió. La delantera devoró el cristal del avance, y todo se hizo mucho más difícil.

Un giro, un pisotón y la vereda.

Los ojos del muchacho se sorprendieron nuevamente cuando notó que las baldosas habían sido reemplazadas por tapas de ataúdes. Y volvió a hundirse como con el jardín.

“La muerte está cerca”, se dijo.

Calles de jardines defondables. Veredas de tapas de ataúdes defondables. Tammerlane débil, fuerza oscura que hunde a cualquiera. No hay escape. No hay Montañas en el horizonte.

Calles de jardines. Veredas de la muerte.

Defondable. Defondable. Defondable hasta el infinito...

... El suelo que parecía existir bajo las tapas, desapareció en un instante. Fue cuando la bicicleta y Rubén se hundieron de lleno hacia la oscuridad y el vacío.

Gritó desesperado, cayendo (o flotando) entre el negro. Sintió que se moría, y creyó haber muerto. Pero aún su cabeza estaba conciente. "Estoy vivo". Se aferró al manubrio de la bicicleta y tomó las riendas del vuelo.

...Abrió la puerta del auto en el mismo momento en que se detuvo junto al cordón de la vereda. Miró hacia atrás al bajar. Los otros que estaban con él repitieron sus pasos.

Respiró profundamente al encontrarse fuera del vacío negro y bicicleta. Rubén estaba con sus dos amigos Gillespie y Maximilian, y el viejo Forddming '76 aparcado, y el local en la vereda de enfrente.

- Qué vamos a hacer? – les preguntó Rubén al verlos sacar un arma de sus respectivos bolsillos, quien estaba preparando su arma.

- Vos sos estúpido?! ... Vamos a robar la concesionaria! – dijo alguno.

Rubén se frenó como una estaca en la vereda. La sorpresa. Sus dos amigos entraron al local de coches, corriendo con prisa. Uno era gordo y de rulos rubios. El otro era delgado y morocho.

Rubén se miró a sí mismo, se sorprendió de su cuerpo presente en tal acto. Se tapó la boca y regresó al auto, corriendo. Tomó el asiento del conductor. No lo podía creer...

Un giro, y cuando miró al asiento trasero, allí descubrió a sus dos amigos sentados.

- Arrancá, idiota!! Qué esperás?! - gritó Maximilian, de regreso del robo.

Rubén giró la llave de inmediato, pisó el acelerador y salieron a toda velocidad, cargando las bolsas del dinero.

- La policía!!! - avisó Gillespie, y sacó cabeza y el brazo por la ventanilla para ponerse a disparar.

Rubén pensó que si la policía lo agarraba, esta vez le darían perpetua. Perpetua por un nuevo robo, un robo real. Recordó el asesinato del periodista.

Pisó hasta el fondo, y el coche se convirtió en una esfera veloz, una mancha de andar desesperado. Le fue difícil distinguir las calles, pero cuando pudo, supo que otra vez habían vuelto los jardines de cristal.

El pasto, el verde. Todo de vidrio. El sol en el cielo, como una lamparita. Y comprendió.

Rubén miró al asiento trasero y descubrió a sus dos amigos asomados, disparando contra las patrullas que también se habían convertido en esferas veloces.

Y comprendió que era el momento justo. Se hizo la señal de la cruz, abrió la puerta y se lanzó a la calle. Cayó de cabeza, golpeó duro, rodó mil veces, se detuvo boca abajo ensangrentado. Un último soplido, y cuando murió, el suelo se defondó. Así viajó nuevamente por la oscuridad.

Y la oscuridad se hizo luz y nubes.

(Pausa)

“CIELO”, rezaba un cartelito de madera clavado firmemente sobre una nube de crema de leche.

Rubén se puso de pie y miró a su alrededor. Cientos de ángeles y almas corrían de un lado a otro sobre las nubes, también volaban y daban grandes saltos. Todos ellos cargaban espadas, arcos y flechas y bayonetas. A lo lejos se oían cañonazos. Era toda una masacre, una masacre celestial.

Lo notable de todo no era la guerra, sino los contrastes. Las nubes estaban manchadas de sangre, cubiertas de cuerpos. Las texturas y los olores eran imposibles. El Cielo no podía ser así.

- Por aquí, por aquí... - le dijo un anciano, llamándolo con la mano desde un escritorio apartado a un lado.

Rubén caminó sobre la crema y la nata del Cielo, y llegó hasta el anciano que vivía atajándose de las explosiones.

- Estoy muerto?

- De alguna forma, sí. Pero vas a tener que volver a Tammerlane. No podemos albergar a nadie. Estamos en plena guerra: ángeles versus almas por el queso de la Luna.

- No entiendo... - y dijo a los tumbos, nervioso – No... no... de queso?

- Es rico en proteínas ectoplasmáticas, componente principal en las almas y única forma con que los ángeles se hacen humanos por un rato.

- Los ángeles y las almas, mueren?

- Sí. Se convierten en los yuyos del vivero de Dios. – explicó el anciano. Y repentinamente alzó un arma. Apuntó a la cabeza de Rubén, y disparó.

Rubén se puso de pie en la calle.

Miró hacia la vereda de enfrente, donde entre varios locales, reconoció uno en especial. Sus vidrieras y carteles rezaban “Joyería Merla: Compro Oro”.

Penetró en su cerebro, en las cosquillas de algún momento de su vida. Se quedó de pie, estático, y tuvo un escalofrío. La piel de sus brazos se llenó de puntitos. Los puntitos picaron. Se frotó los brazos buscando calmarse.

Un par de disparos irrumpieron el silencio de la calle desértica. Rubén se agachó para cubrirse. Por el sonido, provenían del local. Un nuevo disparo.

La puerta de la joyería se abrió de una patada, y por ella salieron dos hombres. Uno de ellos corría con dificultad y se llevaba la mano a su estómago, el cual era un manantial de sangre. El otro corría delante, con una bolsa en una mano y un arma en la otra.

El ladrón herido cayó al piso a mitad de cuadra.

- Ya casi alcanzamos el coche!- le dijo su compañero, regresando para ayudarlo. – Son sólo unos metros!

Sorpresivamente, el dueño del local salió a la calle, alzando una escopeta. Apuntó y disparó.

- Buena suerte! – dijo el moribundo, y el otro ladrón se alejó hasta la esquina. Llegó a ella, dobló y se perdió de la escena.

El estómago del ladrón restante escupió un poco más de sangre, y se apagó. Antes que se apague todo su cuerpo, efectuó unos disparos más, derribando al joyero. Y una vez muerta éste, el ladrón murió.

Rubén se puso de pie lentamente, anonadado por la escena.

Caminó lentamente por la calle de asfalto caliente. Pero se detuvo de inmediato al encontrarse con cierto detalle: unas letras subían desde el piso.

Alcanzó a leer algunos créditos de la película, los cuales pasaron frente a sus narices. “No puede ser”, se dijo. Y atravesó el cristal de la pantalla.

Llegó hasta el ladrón de la vereda y reconoció el cuerpo.

Fernández. Un viejo amigo. Un buen amigo. Juntos habían asaltado un montón de locales. Un ladrón. Un muerto.

Miró a un lado, a la esquina por donde se había alejado el colega de Fernández, su otro yo.

Siempre había sido el ladrón de la película. Él y Fernández habían robado la joyería. No todo era una historia de la policía. Era una maldita realidad, un pasado olvidado, una diabólica coincidencia circular. Él era el hombre fuera de foco, el ladrón, el asesino, el fugitivo.

Giró sobre sí mismo y miró a través de la pantalla rota. Ahí estaba el director, el productor, el guionista, los asistentes, las luces, la cámara...

Rubén pegó un alarido eterno al aire, y se lanzó a correr.

Y corrió. Corrió. Corrió.

Pateó la puerta de una Financiera, y se hizo presente en el salón con el arma en alto. Apuntó y derribó de un balazo a un efectivo de seguridad. Llegó hasta el cajero y pidió un teléfono.

- Policía Hipopótamo! Le habla Rubén! Ya descubrí que soy el ladrón de la película. Quiero recibir una respuesta justa por lo que me hicieron! Por qué olvidé?! Por qué mierda todo es tan extraño?!

- No sé de qué habla? Rubén?... Yo no conozco a ningún Rubén?!

- Soy el que detuvieron esta mañana para la conferencia de prensa. No se acuerda? Soy el que asesinó a Charles Johan Crane

- Pero, si él está conmigo, en mi despacho, tomando unos tragos!... A ver, me puede repetir quién habla?

Rubén colgó asustado.

- Qué día es hoy?! - preguntó al aire, con el arma en alto.

- 4 de Agosto de 1998. - dijo uno de los clientes, recostado en el suelo como todos los demás.

Rubén pensó en el calendario colgado en la puerta de su cuarto. Pensó en la fecha que había visto esa mañana al despertar, la mañana de la ducha saliendo de la pared.

4 de Agosto de 1999.

Por alguna extraña había aparecido un año atrás en el tiempo. Eso había sido después de su muerte y paso por el Cielo.

Recapitó y se dio cuenta que se había metido en el lugar como un estúpido, asesinado a un pobre tipo y llamado a Hipopótamo, aún creyendo que huía del día de la comisaría.

Lamentablemente, estaba metido en un nuevo enredo. Y debía actuar pronto. Pero... "estoy cansado", pensó. Cansado de huir y pensar.

Miró el suelo, por las dudas que sea de vidrio defondable. Pero no. No escaparía tan fácil.

Entonces pensó que la culpa era de Dios.

El Poder de Dios lo habían llevado al Tammerlane del pasado, a una redención gratuita que le había complicado aún más la existencia. Mientras tanto, en la calle, los policías y sus malditos coches con sirenas rodearon la financiera. Iban a matarlo. Y morir no era bueno.

Se precipitó sobre un sacerdote. El mismo había ido a hacer un depósito de veinte mil Tammerlinos a su cuenta personal.

- No, por favor! La valija no! – rogó el cura, aferrándose al maletín negro.

- No me interesa! Lo que quiero es que haga bajar a Dios. - pidió Rubén a los gritos.

- A Dios?! Pero, hijo mío: eso es muy difícil. El Señor está ocupado.

Rubén. Su vista al frente. La calle. La policía. Su vista al cura. El cura. Apuntó en la cara del hombre.

- Quiero que Dios me saque de esta historia miserable!

- Qué sucede ahí dentro, carajo?! – gritó el comisario desde un altoparlante, escudado por Cocodrilo, Ballena y Elefante. – Qué mierda pasa con Dios? Qué tiene que ver Dios con el asalto?

- No estoy asaltando! – gritó Rubén, acercándose a la puerta de vidrio, con el cura como rehén. – Estoy queriendo volver a vivir!!

- Ah, muy bonito! – ironizó el comisario – Pero hay que ser idiota para...

- Cállese y haga lo que le pido. Consigan la forma en que pueda hablar con Dios... O mato al cura!

Las cámaras apuntaron donde los periodistas señalaron, y en todas las casas de Tammerlane, se encendieron los televisores.

El sacerdote no tuvo otra opción más que tomar su celular blanco del bolsillo y entregarlo. Rubén soltó la solapa del cura y se aferró al pesado aparato del tamaño de un ladrillo. Ni por un instante descuidó el arma.

- 3563-57-GLORIA. Hable rápido que tiene poca batería.

Rubén marcó el número indicado.

- Ocupado! Mierda!! No hay un número de urgencia?

- 3564-00-BENDICION. Marque ése que lo va a atender la secretaria.

Marcó y aguardó.

- *Usted se ha comunicado con la línea de Urgencia del Todopoderoso. El que aguarda un instante, aguarda una eternidad. Muchas gracias..*

El Padrenuestro musical comenzó a sonar a modo de espera.

- Mierda! Hay que esperar!!

Rubén caminó hasta la ventana y se asomó a todos los periodistas, camarógrafos, fotógrafos. Entre ellos la policía. Volvió el aparato a su oreja.

- *...stro que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre. Venga a nosotros tu Reino...*

No alcanzaba a ver por ningún lado una calle de jardines defondables, ni siquiera de ataúdes. Miró al lugar. Nada. Tampoco nada. Siquiera una bicicleta. Nada. Salvo mucho dinero para llevar.

- Pongan toda la plata en una bolsa! – pidió Rubén, volviéndose a los cajeros, apuntándolos con el arma.

- *... rdonanos nuestras deudas, como nosotros, perdonamos también. Y no nos dejes caer en la tentación. Más líbranos del m...* - y la canción dio paso a una suave voz femenina – Despacho de Dios. Buena eternidad. En qué puedo ayudarlo?

Rubén se sorprendió.

- Buenas tardes! Quiero hablar con Dios! Es urgente!

- Tiene el interno ocupado. Me dice su nombre y lo llamam...

- No puedo! Es ahora! Ya! Estoy asaltando una Financiera en Tammerlane, maté a un tipo de seguridad, y juro que si Él no me atiende, les voy a mandar muchas más almas a su Cielo de mierda. Está claro?

- Entiendo. – dijo la chica, nerviosa, olvidando su tono robótica. – Le pido que por favor cuelgue. Enseguida tendrá noticias. Muchas gracias.

La secretaria de Dios se orinó encima debido a los nervios. Se puso de pie desesperada, y salió de su oficina. Para acelerar su paso, desplegó sus alas y se lanzó a volar por los pasillos del edificio. Tomó el ascensor y llegó al piso 5868. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, continuó volando hasta llegar a la puerta del despacho de Dios. Leyó el cartel que rezaba “Golpee y Aguarde” mientras abría la puerta

- Pero, qué pasa?!... - dijo Dios del susto. Estaba sentado a su escritorio, jugando a la computadora, mientras que otra de sus secretarias le servía unos mates. – Para qué carajo puse el cartelito?!

- Perdón, Dios, Amo Todopoderoso, creador del Cielo y de todo el resto... Es una urgencia! Se trata de Tammerlane!

Dios dio un golpe al escritorio y mordió sus dientes.

- Me cago en Tammerlane! – dijo, y se llevó una mano a la úlcera.

Se puso de pie. Estaba en camisa y calzoncillos largos. Supo que no podía bajar vestido así.

1998. Tammerlane. Financiera. La tarde.

Rubén tomó la bolsa del dinero y miró al interior. Estaba cargada de buenos billetes. Los gastaría en mujeres, diversión, autos y buenas comidas.

Mientras tanto, Charles Johan Crane relató en la calle:

- Increíble, damas y caballeros. Este valeroso hombre es un famoso negociador de la Policía. Y está abriendo lentamente la puerta de la Financiera... Está entrando. Está entrando. Sí. Sí. Lo hizo. Ahí lo podemos ver. Frente al demente con el arma en alto. El mismo demente que mató a un efectivo de seguridad. Oh, Dios mío, esto es fuerte. Realmente fuerte!!

Rubén apuntó al negociador y le pidió que se callara.

- Lo hizo acostar en el suelo. Posiblemente para matarlo. Lo matará?... Lo matará?!... Que crudas son estas imágenes, que salvajismo!!! Señora televidente, por el amor de Dios, aleje a sus hijos de la pantalla!! Por favor, señora! – continuó Charles.

De repente, todas las personas en la calle, alzó su vista al cielo, justo cuando las nubes se abrieron de par en par. Entre ellas surgió una fuerte luz que cegó a todo Tammerlane. Enseguida, Rubén se acercó a la ventana.

Entre la luz descubrió la figura de un hombre. La figura del hombre comenzó a descender lentamente. Vestía remera blanca, jean y botas de cuero, chaqueta imitación cuero, un inmenso sombrero de vaquero y gafas para el sol. Tenía barba y bigotes tan largos como canosos.

Era Dios.

Dios estaba descendiendo del Cielo al Pueblo, exactamente en aquella calle del problema. Puso sus suelas en el asfalto entre el tumulto y la Financiera. Giró sobre sí mismo y esperó las preguntas, cruzado de brazos.

- Por qué visita Tammerlane?

- Tiene algún comentario sobre este suceso?

- Qué opina de la reelección del Gobernador?

- Es verdad que su hijo Jesús está detenido por tráfico de drogas?

- Sin comentarios. – dijo con aire altanero.

Se volvió al local. Llegó a la vereda, empujó la puerta y entró.

- Buenas tardes. Soy Dios. Quién es el que quiere verme?

- Acá! Acá! - dijo Rubén corriendo hasta Él, desesperado. En el camino soltó el arma y alzó los brazos de la emoción. Tenía tantas cosas para decirle,

más allá de pedirle que lo regrese a su 1999 original. Quería pedirle que borre todo el daño que había hecho, que lo ayude, que lo empuje a una nueva oportunidad de vida. Quería un volver a empezar.

Pero Dios alzó su dedo y disparó. El rayo pegó en el pecho de Rubén, y éste cayó al suelo con todo el cuerpo maniatado por una inmensa soga.

Desde su ubicación alzó la cabeza y vio a Dios soplando el humo del índice del disparo. Enseguida, pegó media vuelta y regresó por donde vino.

- Algún comentario sobre el caso?

- Por qué lo detuvo?

- Tuvieron diálogo allí dentro?

- Es verdad que se divorció de la Virgen María?

- Es verdad que la Virgen María volvió con José?

Dios se detuvo ante todos, se cruzó de brazos, sin emitir una palabra, se elevó nuevamente al Cielo, bañado en aquella enceguecedora luz.

Un silencio oportuno. Y el alma de Rubén se rindió no sin antes preguntarse “Por qué?” no hay vuelta atrás.

Prisión Estatal del Pueblo de Tammerlane.

5 de Agosto de 1998. 14:01

El guardia, más conocido como el Señor Ave Rapaz, surgió por el frío y gris pasillo, custodiando a Rubén.

Se detuvieron frente a la celda de barrotes oxidados. Colocó la llave y la giró. “Adentro”.

Rubén dio un paso muerto al rectángulo de cemento y humedad.

Detrás de él, el ruido de la puerta, las llaves y las pisadas.

Rubén miró a su alrededor. Mugre en el techo. Mugre en las paredes.

Olor a moho. Una cama podrida. Un inodoro putrefacto.

Se volvió a preguntar por qué Dios no lo había ayudado. Aunque mucho no le interesó. Dios era el genio de las metáforas, y no hacía nada como cualquier humano esperaba.

Rubén pensó en la mañana de 1999, en su ojo, su otro ojo, la ducha, la calle, la comisaría, los policías, los billetes, Crane, la bicicleta, las paredes de papel. Y se detuvo en el recuerdo de la calle.

Pensó en los ojos, y enseguida sintió al pasto crecer a través del vidrio.

Sonrió levemente.

Siempre había una forma de escapar, una forma de volver a empezar.

Una forma de encajar todas las piezas de una vida tan retorcida como maravillosa.

Llevó su mirada al piso y notó el pequeño jardín bajo sus pies.

Y Rubén desapareció en el negro espeso, tras hundirse en el delgado vidrio defondable.

FIN